

STEPHEN JAY GOULD

EL PULGAR
DEL PANDA

(Ensayos sobre evolución)

EDICIONES ORBIS. S. A.

Distribución exclusiva para Argentina,
Chile, Paraguay, Perú y Uruguay.



HISPAMERICA

IV. La ciencia
y la política
de las
diferencias
humanas

13. Sombreros anchos y mentes estrechas

En 1861, de febrero a junio, el fantasma del barón Georges Cuvier visitó la Sociedad Antropológica de París. El gran Cuvier, el Aristóteles de la biología francesa (una inmodesta designación que él no rehuyó), murió en 1832, pero el alojamiento físico de su espíritu siguió existiendo, mientras Paul Broca y Louis Pierre Gratiolet se preparaban para debatir si el tamaño del cerebro tiene algo que ver con la inteligencia de su portador.

Desde el primer momento, Gratiolet tuvo la osadía de manifestar que los mejores y más brillantes hombres no podían ser reconocidos por el volumen de sus cabezas. (Gratiolet, un monárquico confirmado, no era un igualitario. Simplemente andaba en busca de nuevas medidas para reafirmar la superioridad de los varones europeos blancos). Broca, fundador de la Sociedad Antropológica, uno de los mejores craneómetros, o medidores de cabezas, del mundo, replicó que "el estudio de los cerebros de las razas humanas perdería la mayor parte de su interés y utilidad" si la variación en tamaño no significara nada. ¿Por qué, se preguntaba, habían pasado tanto tiempo los antropólogos midiendo cabezas si los resultados carecían de incidencia sobre la cuestión clave —el valor relativo de las diferentes razas?:

Entre las cuestiones hasta aquí discutidas en la Sociedad Antropológica, ninguna iguala en interés a aquella con la que nos enfrentamos ahora... La gran importancia de la craneología ha producido tal impacto sobre los antropólogos que algunos de nosotros hemos abandonado los de-

más aspectos de nuestra ciencia para dedicarnos casi en exclusiva al estudio de los cráneos... En tales datos, esperamos encontrar información relevante acerca del valor intelectual de las distintas razas humanas.

Broca y Gratiolet combatieron durante cinco meses y a través de cerca de 200 páginas del boletín oficial. Los malos humores campaban por sus respetos. En pleno clamor de la batalla, uno de los lugartenientes de Broca propinó el golpe más bajo de la contienda: "Hace ya largo tiempo que vengo notando que, en general, todos aquellos que niegan la importancia intelectual del volumen del cerebro tienen la cabeza pequeña". Al final, Broca ganó la partida sin paliativos. Durante todo el debate, ninguna partícula de información le había sido más favorable ni había resultado tan ampliamente discutida o vigorosamente contestada como el cerebro de Georges Cuvier.

Cuvier, el más grande anatomista de su tiempo, el hombre que revisó nuestro conocimiento de los animales clasificándolos con arreglo a su función —a cómo funcionan— en lugar de con arreglo a su rango en una escala antropológica de inferior a superior. Cuvier, fundador de la paleontología, el hombre que por primera vez estableció el hecho de la extinción y que subrayó la importancia de las catástrofes en la comprensión de la historia, tanto de la vida como de la tierra. Cuvier, el gran estadista que, al igual que Talleyrand, consiguió servir a todos los gobiernos, desde la revolución hasta la monarquía, y morir en su cama. (De hecho, Cuvier pasó los años más tumultuosos de la Revolución como tutor privado en Normandía, aunque fingió simpatías revolucionarias en sus cartas. Llegó a París en 1795 y jamás lo abandonó). F. Bourdier, un biógrafo reciente suyo, describe la ontogenia corpórea de Cuvier, pero sus palabras sirven también como buena metáfora del poder y la influencia del mismo. "Cuvier era de baja estatura y durante la revolución estuvo muy delgado; engordó durante el período imperial, y se volvió enormemente gordo tras la Restauración".

Los coetáneos de Cuvier se maravillaban de su "enorme cabeza". Un admirador afirmó que le "daba a su persona un innegable sello de majestad y a su rostro una expresión de profunda meditación". Así, cuando Cuvier murió, sus colegas, en interés de la ciencia y por curiosidad, decidieron abrir su gran crá-

neo. El martes 15 de mayo de 1832, a las siete de la mañana, un grupo de los más eminentes doctores y biólogos de Francia se reunieron para realizar la disección del cuerpo de Georges Cuvier. Comenzaron con los órganos internos y "al no encontrar nada de especial" trasladaron su atención al cráneo de Cuvier. "Así pues, escribió el médico jefe, estábamos a punto de contemplar el instrumento de aquella poderosa inteligencia". Y sus esperanzas se vieron recompensadas. El cerebro de Georges Cuvier pesaba 1.830 gramos, estaba más de cuatrocientos gramos por encima de la media y pesaba 200 gramos más que cualquier cerebro no enfermo anteriormente pesado. Informes sin confirmar e inferencias inciertas situaban los cerebros de Oliver Cromwell, Jonathan Swift y Lord Byron en la misma categoría, pero Cuvier había proporcionado la primera evidencia directa de que la brillantez y el tamaño del cerebro van unidos.

Broca sacó partido a su ventaja y apoyó buena parte de su argumentación en el cerebro de Cuvier. Pero Gratiolet indagó y halló un punto débil. En su asombro y entusiasmo, los doctores de Cuvier habían olvidado preservar tanto su cerebro como su cráneo. Más aún, no hicieron informe alguno sobre las medidas de éste último. La cifra de 1.830 gramos de peso para el cerebro no podía ser comprobada. Tal vez, simplemente, estuviera equivocada. Gratiolet emprendió la búsqueda de algún sustitutivo existente y tuvo un rasgo de inspiración: "Los doctores no pesan todos los cerebros afirmó, pero todas las cabezas son medidas por los sombrereros y he conseguido adquirir, de esta nueva fuente, información que, me atrevo a esperar, no les parecerá desprovista de interés". En pocas palabras, Gratiolet presentó algo que casi pasaba de lo sublime a lo ridículo en comparación con el cerebro del gran hombre: ¡había encontrado el sombrero de Cuvier! Y así, durante el transcurso de dos reuniones, algunas de las más preclaras mentes de Francia se dedicaron a ponderar seriamente el significado de un trozo de fieltro usado.

El sombrero de Cuvier, según el informe de Gratiolet, medía 21,8 cm de longitud por 18 cm de anchura. Seguidamente había consultado a un tal M. Purian, "uno de los más inteligentes y conocidos sombrereros de París". Purian le dijo que la talla standard más grande de sombreros media 21,5 por 18,5 cm, aunque muy pocos hombres llevaban un sombrero tan grande. Cuvier no se salía de la norma. Más aún, informó Gratiolet con

evidente placer, el sombrero era extremadamente flexible y estaba "dado de sí por un muy prolongado uso". Probablemente no habría sido tan grande al comprarlo Cuvier. Más aún, Cuvier tenía una mata de pelo extraordinariamente espesa y la llevaba sin aplastar. "Esto parece demostrar a las claras", proclamó Gratiolet, que si bien la cabeza de Cuvier era muy grande, su tamaño no era en absoluto excepcional o único".

Los oponentes de Gratiolet prefirieron creer a los doctores y se negaron a conceder demasiado peso a un trozo de tela. Veinte años más tarde, en 1883, G. Hervé abordó de nuevo el tema del cerebro de Cuvier y descubrió un elemento que faltaba: la cabeza de Cuvier había sido medida después de todo, pero las medidas habían sido omitidas en el informe sobre la autopsia. El cráneo era realmente grande. Afeitado para la autopsia, sin su famosa mata de pelo, su circunferencia máxima sólo era igualada por un seis por ciento de "científicos y hombres de letras" (medidos en vida y además con todo su pelo), y por un cero por ciento de los sirvientes. En cuanto al escandaloso sombrero, Hervé alegó ignorancia, pero sí citó la siguiente anécdota: "Cuvier tenía el hábito de dejar su sombrero sobre una mesa de la sala de espera. A menudo algún profesor o estadista se lo probaba. El sombrero se le calaba hasta los ojos."

Y, no obstante, estando ya al borde del triunfo la teoría de cuanto-más-mejor, Hervé robó una derrota en potencia de las fauces de la victoria de Broca. Un exceso de algo bueno puede resultar tan inquietante como su ausencia, y Hervé empezó a preocuparse. ¿Por qué el cerebro de Cuvier superaba al de otros "hombres de genio" con tanta diferencia? Revisó tanto los detalles de la autopsia como los registros de la delicada salud infantil de Cuvier y elaboró un caso circunstancial en favor de una "hidrocefalia juvenil temporal", o sea, agua en el cerebro. Si el cráneo de Cuvier se había visto agrandado artificialmente por las presiones de los fluidos al principio de su crecimiento, entonces un cerebro de tamaño normal podía simplemente haberse expandido—disminuyendo su densidad, no creciendo—para ocupar el espacio disponible. ¿O acaso la mayor cantidad de espacio permitía al cerebro crecer hasta un tamaño desusado, después de todo? Hervé no pudo resolver esta cuestión cardinal porque el cerebro de Cuvier había sido pesado y después tirado. Lo único que quedaba de él era la cifra magistral, 1.830 gramos. "Con el

cerebro de Cuvier, escribió Hervé, la ciencia ha perdido uno de los más preciosos documentos que jamás poseyera”.

En principio, esta historia parece ridícula. La idea de ver a los principales antropólogos de Francia discutiendo apasionadamente acerca del significado del sombrero de un colega muerto podría fácilmente provocar la más equívoca y peligrosa inferencia posible acerca de la historia —una visión del pasado como un lugar poblado de oligofrénicos ingenuos, siendo el camino de la historia una narración del progreso y el presente algo sofisticado e iluminado.

Pero si nos reímos despreciativamente, jamás comprendemos nada. La capacidad intelectual humana no se ha alterado en miles de años, en la medida en que podemos apreciarla. Si unas personas inteligentes invirtían gran cantidad de energía en cuestiones que hoy nos parecen estúpidas, entonces el fallo radica en nuestra comprensión de su mundo, no en la distorsión de sus percepciones. Incluso el ejemplo típico de la estupidez de los antiguos —el debate de los ángeles y las cabezas de alfiler— tiene sentido una vez se da uno cuenta de que los teólogos no estaban discutiendo si cabrían cinco o dieciocho, sino si un alfiler podría alojar a un número finito o infinito de ellos. En ciertos sistemas teológicos, la corporeidad o incorporeidad de los ángeles es una cuestión de mucha importancia.

En este caso, una pista de la significación del cerebro de Cuvier para la antropología del siglo diecinueve se encuentra en la última línea de las afirmaciones de Broca citadas más arriba: “En tales datos esperamos encontrar información relevante acerca del valor intelectual de las distintas razas humanas”. Broca y su escuela deseaban demostrar que el tamaño cerebral, por medio de su relación con la inteligencia, podía resolver la cuestión que consideraban clave para una “ciencia del hombre” —explicando por qué algunos individuos y grupos tienen mayor éxito que otros. Para hacerlo, separaban a las personas con arreglo a convicciones apriorísticas acerca de su valor —hombres frente a mujeres, blancos frente a negros, los “hombres de genio” frente a la gente normal— e intentaban evidenciar la existencia de diferentes tamaños de cerebro. Los cerebros de los hombres eminentes (literalmente varones) formaban un eslabón esencial de su argumentación —y Cuvier era *crème de crème*. Broca concluía:

En general, el cerebro es más grande en el hombre que en la mujer, más en los hombres eminentes que en los hombres de talento mediocre, en las razas superiores que en las razas inferiores. Siendo todo lo demás igual, existe una marcada relación entre el desarrollo de la inteligencia y el volumen del cerebro.

Broca murió en 1880, pero sus discípulos continuaron con su catalogación de cerebros eminentes (de hecho añadieron el de Broca a la lista —aunque pesó tan solo 1.484 gramos). La disección de colegas famosos se convirtió en una especie de industria familiar entre los anatomistas y los antropólogos. E. A. Spitzka, el más destacado seguidor americano de esta costumbre, incitaba a sus amigos eminentes: "Para mí la idea de una autopsia resulta desde luego menos repugnante de lo que supongo debe ser el proceso de descomposición en una tumba". Los dos principales etnólogos americanos, John Wesley Powell y W. J. McGee realizaron una apuesta sobre cuál de los dos tenía el cerebro más grande —y Spitzka obtuvo el contrato para resolver por ellos la cuestión a título póstumo. (Fue un empate. Los cerebros de Powell y McGee diferían en muy poco, no más de lo que podría requerir la diferencia de tamaño de sus cuerpos).

Ya en 1907, Spitzka podía presentar una tabulación de 115 hombres eminentes. Al ir creciendo en longitud la lista, de igual modo fue creciendo la ambigüedad de los resultados. En el extremo superior, Cuvier se vio finalmente desplazado al romper Turgenev la barrera de los 2.000 gramos en 1883. Pero en el otro extremo se agazapaban el embarazo y el insulto. Walt Whitman consiguió escuchar los variados cantos de América con tan sólo 1.282 gramos. Franz Joseph Gall, un fundador de la frenología —la "ciencia" original de juzgar el valor de la mente por el tamaño de áreas localizadas del cerebro—, no llegó más que a los 1.198 gramos. Más tarde, en 1924, Anatole France se quedó casi en la mitad de los 2.012 de Turgenev, dando en la báscula tan sólo 1.017 gramos.

Spitzka, no obstante, siguió imperturbable. En un escandaloso ejemplo de selección de datos para su adecuación a un prejuicio apriorístico, dispuso en orden un cerebro grande de un eminente hombre blanco, el de una bosquimana de Africa y el de un gorila. (Podría perfectamente haber invertido los dos prime-

ros escogiendo un cerebro de negro de mayor tamaño y uno más pequeño de blanco). Spitzka concluía invocando una vez más la sombra de Georges Cuvier. "El salto que hay entre un Cuvier o un Tackeray y un zulú o un bosquimano no es mayor que el existente entre éstos y el gorila o el orangután".

Semejante racismo ya no resulta habitual entre los científicos y espero que nadie hoy en día intente clasificar las razas o los sexos por el tamaño medio de sus cerebros. No obstante, nuestra fascinación por la base física de la inteligencia persiste (y así debe ser) y se mantiene aún la ingenua esperanza, en determinados ambientes, de que el tamaño o alguna otra característica externa inequívoca puedan reflejar la sutileza interior. De hecho, la forma más burda del cuanto-más-mejor —la utilización de una cantidad fácilmente mensurable para valorar impropriamente alguna cualidad mucho más sutil e insible— está aún con nosotros. Y el método que utilizan algunos hombres para medir el valor de sus penes o sus automóviles sigue aplicándose a los cerebros. Este ensayo fue inspirado por un informe reciente acerca de la localización del cerebro de Einstein. Sí, el cerebro de Einstein le fue extraído para su estudio después de su muerte, pero un cuarto de siglo más tarde los resultados no han sido aún publicados. Los fragmentos que quedan —otros fueron enviados a diversos especialistas— descansan hoy en un recipiente de vidrio embalado en una caja de cartón con la leyenda "Costa Cider" (Sidra Costa) que se encuentra en un despacho de Wichita, Kansas. No se ha publicado nada porque no se ha encontrado nada especial. "Hasta el momento, todo ha estado dentro de los límites normales para un hombre de su edad", comentó el propietario del recipiente de vidrio.

Me ha parecido oír las risas de Cuvier y Anatole France en las alturas. Acaso estén repitiendo un famoso lema de su tierra natal: "*Plus ça change, plus c'est la même chose*" ("cuanto más cambian las cosas más siguen siendo las mismas"). La estructura física del cerebro debe indicar la inteligencia de algún modo, pero el tamaño y la forma externa no es probable que revelen ningún dato de valor. De algún modo, me interesa menos el peso y las circunvoluciones del cerebro de Einstein que la casi total seguridad de que personas de su mismo talento han vivido y muerto en los campos de algodón y explotados en las fábricas.

14. El cerebro de las mujeres

En el prelude a *Middlemarch*, George Eliot lamentaba las vidas no realizadas de las mujeres con talento:

Algunas han sentido que estas vidas torpes se deben a la inconveniente indefinición con que el Supremo Poder ha configurado la naturaleza de las mujeres; si existiera un nivel de incompetencia femenina tan estricto como la capacidad de contar hasta tres y nada más, el sino social de la mujer podría ser tratado con certidumbre científica.

Eliot continúa desautorizando la idea de la limitación innata, pero mientras ella escribía en 1872, los líderes de la antropometría europea intentaban medir con "certidumbre científica" la inferioridad de las mujeres. La antropometría o medición del cuerpo humano no está tan de moda como campo de estudios en nuestros días, pero dominó las ciencias humanas durante buena parte del siglo diecinueve y siguió siendo popular hasta que los tests de inteligencia reemplazaron a las mediciones craneanas como mecanismo favorito para realizar odiosas comparaciones entre las razas, las clases y los sexos. La craneometría o medición del cráneo era la disciplina que gozaba de mayor atención y respeto. Su líder incuestionado, Paul Broca (1824-80), profesor de cirugía clínica de la Facultad de Medicina de París, reunió en torno suyo toda una escuela de discípulos e imitadores. Su trabajo, tan meticuloso y tan aparentemente irrefutable, ejerció gran influencia y ganó gran estima como joya de la ciencia decimonónica.

El trabajo de Broca parecía ser particularmente invulnerable a toda refutación. ¿Acaso no había tomado sus medidas con el más escrupuloso cuidado y la máxima precisión? (Efectivamente así había sido. Tengo el más profundo respeto por la meticulosidad de los procedimientos de Broca. Sus cifras son justas. Pero la ciencia es un ejercicio de inferencias, no un catálogo de datos. Los números, por sí mismos, no especifican nada. Todo depende de lo que uno haga con ellos.) Broca se pintaba a sí mismo como un apóstol de la objetividad, un hombre que se inclinaba ante los hechos y dejaba a un lado las supersticiones y los sentimentalismos. Declaraba que "no existe fe alguna, por respetable que sea, ningún interés, por muy legítimo que sea, que no haya de acomodarse al progreso del conocimiento humano e inclinarse ante la verdad". Las mujeres, les gustara o no, tenían cerebros más pequeños que los de los hombres y, por lo tanto, no podían ser sus iguales en cuanto a la inteligencia. Este hecho, argumentaba Broca, puede que refuerce un prejuicio común existente en la sociedad de los hombres, pero es también una verdad científica. L. Manouvrier, una oveja negra del rebaño de Broca, rechazó la inferioridad de la mujer y escribió apasionadamente acerca de la carga que le imponían los números de Broca.

Las mujeres exhibieron sus talentos y sus diplomas. Invocaron también autoridades filosóficas. Pero se les oponían *números* desconocidos para Condorcet o John Stuart Mill. Estos números caían sobre las pobres mujeres como un martillo pilón e iban acompañados de comentarios y sarcasmos más feroces que las más feroces imprecaciones misóginas de ciertos padres de la iglesia. Los teólogos se habían preguntado si las mujeres tenían alma. Varios siglos más tarde, algunos científicos estaban dispuestos a negarles una inteligencia humana.

El argumento de Broca se apoyaba en dos series de datos: los cerebros, de mayor tamaño, de los varones en las sociedades modernas y en un supuesto incremento de la superioridad del hombre con el transcurso del tiempo. Sus datos más extensivos procedían de autopsias realizadas personalmente en cuatro hospitales parisienses. Sobre doscientos noventa y dos cerebros de varón, calculó un peso medio de 1.325 gramos; entre 140 cerebros de mujer, la media era de 1.144 gramos, lo que suponía una

diferencia media de 181 gramos, o de un 14 por ciento en peso del de los varones. Broca era consciente, por supuesto, de que parte de esta diferencia podía ser atribuida a la mayor estatura de los varones. No obstante, no realizó intento alguno de medir el efecto del tamaño por sí mismo y, de hecho, declaró que no puede explicar la totalidad de la diferencia porque sabemos, a priori, que las mujeres no son tan inteligentes como los hombres (una premisa que supuestamente tenían que verificar las pruebas, no apoyarse sobre ella):

Podemos preguntarnos si el pequeño tamaño del cerebro femenino depende exclusivamente del pequeño tamaño de su cuerpo. Tiedemann ha propuesto esta explicación. Pero no debemos olvidar que las mujeres son, por regla general, un poco menos inteligentes que los hombres, una diferencia que no debemos exagerar, pero que es, no obstante, real. Por lo tanto nos está permitido suponer que el tamaño relativamente pequeño del cerebro de la mujer depende en parte de su inferioridad física y en parte de su inferioridad intelectual.

En 1873, al año siguiente a la publicación de *Middlemarch* de Eliot, Broca midió las capacidades de los cráneos prehistóricos de la cueva de L'Homme Mort. Allí encontró tan sólo una diferencia de 99,5 centímetros cúbicos entre varones y hembras, mientras que en las poblaciones modernas las diferencias van de 129,5 a 220,7 cc. Topinard, el principal discípulo de Broca, explicó la creciente discrepancia a través del tiempo como resultado de las diferentes presiones evolutivas sufridas por el hombre dominante y la mujer pasiva.

El hombre que combate por dos o más en la lucha por la supervivencia, que carga con todas las responsabilidades y preocupaciones del día de mañana, que está continuamente en activo, combatiendo contra su medio ambiente y contra sus rivales humanos, necesita más cerebro que la mujer a la que debe proteger y alimentar, la mujer sedentaria, carente de vida interior alguna, cuyo papel es criar hijos, amar y ser pasiva.

En 1879, Gustave Le Bon, misógino en jefe de la escuela de Broca, utilizó estos datos para publicar el más malicioso ata-

que realizado contra las mujeres en la literatura científica moderna (nadie puede superar a Aristóteles). No afirmo que sus ideas fueran representativas de la escuela de Broca, pero fueron publicadas en la revista antropológica más respetada de Francia. Le Bon concluía:

En las razas más inteligentes, como entre los parisienses, existe un gran número de mujeres cuyos cerebros son de un tamaño más próximo al de los gorilas que al de los cerebros más desarrollados de los varones. Esta inferioridad es tan obvia que nadie puede discutirla siquiera por un momento; tan sólo su grado es digno de discusión. Todos los psicólogos que han estudiado la inteligencia de las mujeres, al igual que los poetas y los novelistas, reconocen que ellas representan las formas más inferiores de la evolución humana y que están más próximas a los niños y a los salvajes que al hombre adulto civilizado. Son insuperables en su veleidad, su inconstancia, en su carencia de ideas y lógica y en su incapacidad para razonar. Sin duda, existen algunas mujeres distinguidas, muy superiores al hombre medio, pero resultan tan excepcionales como el nacimiento de cualquier monstruosidad, como, por ejemplo, el de un gorila con dos cabezas; por consiguiente, podemos olvidarlas por completo.

Tampoco rehuía Le Bon las implicaciones sociales de sus puntos de vista. Se sintió horrorizado ante la propuesta de algunos reformadores americanos de conceder a la mujer una educación superior sobre la misma base que el hombre:

El deseo de darles la misma educación y, como consecuencia, de proponer para ellas los mismos objetivos es una peligrosa quimera... El día en que, sin comprender las ocupaciones inferiores que la naturaleza les ha asignado, las mujeres abandonen el hogar y tomen parte en nuestras batallas, ese día se pondrá en marcha una revolución social y todo lo que sustenta los sagrados lazos de la familia desaparecerá.

¿Les suena conocido?*

* Cuando escribí este ensayo asumí que Le Bon era una figura marginal, si bien pintoresca. Posteriormente me enteré de que era un científico de renombre,

He reexaminado los datos de Broca, base de todos estos pronunciamientos derivativos, y sus cifras son correctas, pero sus interpretaciones carecen de fundamento, por decirlo suavemente. Los datos que apoyaban su tesis sobre el crecimiento diferencial con el transcurso del tiempo pueden ser fácilmente ignorados. Broca basaba su tesis exclusivamente en los resultados de L'Homme Mort —un total de siete cráneos de varón y seis de hembra. Jamás tan pocos datos lievaron a conclusiones de tan largo alcance.

En 1888, Topinard publicó los datos, más extensivos, de los hospitales parisienses de Broca. Dado que Broca tomaba nota de la estatura y la edad, además del tamaño del cerebro, podemos utilizar las estadísticas modernas para desmontar su efecto. El tamaño del cerebro disminuye con la edad, y las mujeres de Broca eran, por término medio, considerablemente más viejas que los hombres. El peso del cerebro aumenta con la estatura, y sus especímenes varones medios eran casi 16 centímetros más altos que los femeninos. Utilicé la teoría de la regresión múltiple, una técnica que me permitía valorar simultáneamente la influencia de la estatura y la edad sobre el tamaño del cerebro. En un análisis de los datos sobre las mujeres averigüé que, con la estatura y edad media de los varones, el cerebro de una mujer pesaría 1.212 gramos. La corrección por edad y estatura reduce la diferencia medida por Broca de 181 gramos en casi un tercio a 113 gramos.

No se qué conclusiones sacar de esta diferencia que queda porque no puedo valorar otros factores que se sabe que tienen una importante influencia sobre el tamaño del cerebro. La causa de la muerte tiene un efecto importante: las enfermedades degenerativas a menudo llevan consigo una disminución sustancial del tamaño del cerebro. (Este efecto es independiente del decrecimiento atribuido a la edad por sí misma). Eugene Schreider, trabajando también sobre los datos de Broca, averiguó que los hombres muertos en accidentes tenían cerebros que pesaban por término medio sesenta gramos más que los de los hombres muertos por enfermedades infecciosas. Los mejores datos modernos que he podido hallar (procedentes de hospitales americanos) regis-

uno de los fundadores de la psicología social y especialmente conocido por un estudio seminal sobre el comportamiento de las masas, aún citado hoy en día (*La psychologie des foules*, 1895), y por sus trabajos sobre las motivaciones inconsistentes.

tran una diferencia en peso de nada menos que 100 gramos entre las muertes por arteriosclerosis degenerativa y la muerte violenta o por accidente. Dado que gran parte de los sujetos de Broca eran mujeres muy ancianas, podemos asumir que una larga enfermedad degenerativa sería más frecuente entre ellas que entre los hombres.

Más importante aún, los estudiosos modernos del tamaño del cerebro no han llegado todavía a un acuerdo acerca de la adopción de una medida apropiada que elimine el poderoso efecto del tamaño del cuerpo. La estatura es adecuada en parte, pero los hombres y las mujeres de la misma estatura no tienen la misma hechura corporal. El caso del peso es aún peor que el de la estatura porque la mayor parte de sus variaciones reflejan la nutrición más que el tamaño intrínseco —la gordura y la delgadez ejercen poca influencia sobre el cerebro. Manouvrier adoptó este tema en los años 1880 y planteó que debían utilizarse la fuerza y la masa musculares. Trató de medir esta huidiza propiedad de varias maneras y encontró una marcada diferencia en favor de los varones, incluso en el caso de hombres y mujeres de la misma estatura. Cuando efectuó las correcciones por lo que él denominaba "masa sexual", resultó que las mujeres salían ligeramente por delante en tamaño cerebral.

Así pues, la cifra corregida de 113 gramos es, con seguridad, excesiva; la cifra verdadera estará probablemente cerca del cero y puede también, perfectamente, resultar favorable a la mujer. Y 113 gramos, dicho sea de paso, constituyen exactamente la diferencia media entre un varón de 1 m 62 cm y uno de 1 m 92 cm de altura según los datos de Broca. No quisiéramos (especialmente nosotros, la gente baja) adscribirles una mayor inteligencia a los hombres altos. En pocas palabras, ¿quién sabe qué hacer con los datos de Broca? Desde luego no permiten afirmar con confianza que los hombres tienen el cerebro más grande que las mujeres.

Para apreciar el papel social de Broca y su escuela, hemos de reconocer que sus afirmaciones acerca del cerebro de las mujeres no reflejan un prejuicio aislado contra un único grupo desatendido. Deben ser valoradas en el contexto de una teoría general que apoyaba las distinciones sociales de su época, considerándolas biológicamente ordenadas. Las mujeres, los negros y los pobres sufrían el mismo desprecio, pero las mujeres recibie-

ron la artillería pesada de Broca porque tenía fácil acceso a los datos sobre cerebros de mujer.

Las mujeres eran singularmente denigradas, pero también hacían el papel de sucedáneo de otros grupos marginados. Como escribió uno de los discípulos de Broca en 1881: "Los hombres de las razas negras tienen un cerebro escasamente más pesado que los de las mujeres blancas". Esta yuxtaposición se extendía a otros muchos terrenos de las argumentaciones antropológicas, particularmente a la aseveración de que, anatómica y emocionalmente, las mujeres eran como los niños blancos —y que los niños blancos, por la teoría de la recapitulación, representaban una etapa adulta ancestral (primitiva) de la evolución humana. No creo que sea mera retórica decir que las batallas de las mujeres son las de todos nosotros.

María Montessori no confinó sus actividades a la reforma educativa para los niños. Dio conferencias de antropología durante varios años en la Universidad de Roma y escribió un influyente libro titulado *Antropología Pedagógica* (Edición inglesa 1913). Montessori no era ninguna igualitaria. Apoyó la mayor parte del trabajo de Broca y la teoría de la criminalidad innata propuesta por su compatriota Cesare Lombroso. Medía la circunferencia de las cabezas de los niños e infería que los más prometedores tenían cerebros más grandes. Pero no le interesaban para nada las conclusiones de Broca acerca de las mujeres. Discutió el trabajo de Manouvrier largamente y explotó mucho su afirmación tentativa de que, una vez corregidos adecuadamente los datos, las mujeres tenían un cerebro ligeramente más grande que los hombres. Las mujeres, concluyó, eran intelectualmente superiores, pero los hombres habían prevalecido hasta ese momento por mor de su fuerza física. Dado que la tecnología había abolido la fuerza como instrumento de poder, la era de la mujer podía llegar en cualquier momento: "En esa era existirán seres humanos verdaderamente superiores, habrá hombres realmente fuertes en su moralidad y sus sentimientos. Tal vez de este modo se esté aproximando al reinado de la mujer, en el que el enigma de su superioridad antropológica quedará descifrado. La mujer fue siempre custodio del sentimiento humano, de la moralidad y del honor".

Esto representa un posible antídoto a las aseveraciones "científicas" en favor de la inferioridad constitucional de deter-

minados grupos. Uno puede sostener la validez de las distinciones biológicas, pero argumentar que los datos han sido mal interpretados por hombres prejuiciados que tenían algo que ganar o que perder con el resultado y que los grupos desfavorecidos son, en realidad, superiores. En años recientes, Elaine Morgan ha seguido esta estrategia en su *Descent of Woman*, una reconstrucción especulativa de la prehistoria humana desde el punto de vista de la mujer —y tan ridícula como otras exageradas obras escritas por y para los hombres.

Yo prefiero otra estrategia. Montessori y Morgan siguieron la filosofía de Broca y llegaron a una conclusión más tolerable. Yo preferiría catalogar toda la empresa de determinar el valor biológico de los grupos como lo que es: algo irrelevante y altamente injurioso. George Eliot apreciaba a la perfección la particular tragedia que el etiquetado biológico suponía para los miembros de los grupos más bajos, social y económicamente. Ella la expresó para mujeres como ella —mujeres de extraordinario talento. Yo la aplicaría más ampliamente —no sólo a aquellos cuyos sueños se ven frustrados, sino también a aquellos que jamás se dan cuenta de que pueden soñar —,pero yo no puedo equipararme a su prosa. Como conclusión,por tanto, el resto del preludio de Eliot a *Middlemarch*.

Los límites de variación son en realidad mucho más amplios de lo que nadie podría imaginarse a partir de la uniformidad de los peinados y las historias de amor en prosa y verso favoritas de las mujeres. Aquí y allá se cría incómodamente un pequeño cisne entre los patitos en el estanque marrón y jamás encuentra el compañerismo del arroyo abierto, con su propia especie de pie palmeado. Aquí y allá nace una santa Teresa, fundadora de nada, cuyos amorosos latidos y gemidos en pos de una bondad inalcanzable se desprenden temblando y se dispersan entre obstáculos, en lugar de centrarse en algún acto largo tiempo reconocible.

15. El síndrome del Dr. Down

La meiosis o escisión de los pares de cromosomas en la formación de las células sexuales representa uno de los grandes triunfos de la ingeniería biológica. La reproducción sexual no puede funcionar, a menos que tanto los óvulos como los espermatozoides contengan precisamente la mitad de la información genética de las células corporales normales. La unión de las dos mitades por fertilización repone la cantidad total de información genética, mientras que la mezcla de genes de los dos padres en cada descendiente suministra también la variabilidad que requieren los procesos darwinianos. Esta "división reductora" o división por la mitad se produce durante la meiosis cuando los cromosomas se disponen por parejas y después se separan, yendo a parar un miembro de cada pareja a cada una de las células sexuales. Nuestra admiración por la precisión de la meiosis no puede por menos que aumentar cuando nos enteramos de que las células de algunos helechos contienen más de 600 pares de cromosomas y que, en la mayor parte de los casos, la meiosis escinde cada par sin error alguno.

... Pero las máquinas orgánicas no son más infalibles que sus contrapartidas industriales. A menudo se producen errores en la separación. En contadas ocasiones, tales errores son precursores de nuevas direcciones evolutivas. En la mayor parte de los casos, tan sólo llevan a la desgracia de cualquier descendiente que pudiera engendrarse a partir del óvulo o espermatozoide defectuosos. En el más común de los errores meióticos, la no escisión, dos

cromosomas no se separan. Los dos miembros de la pareja van a una de las células sexuales y la otra queda a falta de un cromosoma. Un hijo formado de la unión de una célula sexual normal con una que contenga un cromosoma extra por no escisión llevará tres copias de ese cromosoma en cada célula, en lugar de los dos normales. Esta anomalía recibe el nombre de trisomía.

En los humanos, el vigesimoprimer cromosoma sufre la no escisión con una frecuencia notablemente alta, y esto, desafortunadamente, tiene un efecto bastante trágico. Entre un 1 por 600 y un 1 por 1.000 de los niños recién nacidos llevan un cromosoma 21 de más, un estado conocido técnicamente como "trisomía 21". Estos niños desafortunados padecen un retraso mental que va de ligero a grave y tienen una esperanza de vida reducida. Además exhiben, por añadidura, toda una serie de caracteres distintivos como son unas manos cortas y anchas, un paladar estrecho y alto, una cara redondeada y una cabeza ancha, una nariz pequeña con la base aplanada y una lengua gruesa y rugosa. La frecuencia de la trisomía 21 crece rápidamente con el aumento de la edad materna. Sabemos muy poco acerca de las causas de la trisomía 21; de hecho, su base cromosómica no se descubrió hasta 1959. No tenemos idea de por qué se produce tan a menudo, ni de por qué otros cromosomas son mucho menos propensos a la no escisión. Carecemos de pistas acerca de por qué un cromosoma 21 de más da como resultado la serie tan altamente específica de anomalías que se asocia con la trisomía 21. Pero al menos puede ser identificada *in utero* haciendo un conteo de los cromosomas de las células fetales, lo que deja la opción del aborto.

Si esta discusión le resulta familiar, pero le parece que falta algo, en efecto, me he dejado algo en el tintero. La denominación común de la trisomía 21 es la idiotez mongólica, o mongolismo o síndrome de Down. Todos hemos visto niños con el síndrome de Down y estoy seguro de que no he sido el único en preguntarme por qué el síndrome pudo recibir el nombre de idiotez *mongólica*. La mayor parte de los niños con el síndrome de Down son inmeditamente reconocibles, pero (como demuestra mi anterior lista) sus características definitorias no tienen nada de orientales. Algunos, es cierto, tienen un pequeño pero distinguible pliegue epicántico, la característica típica del ojo oriental, y algunos presentan una piel ligeramente amarillenta. Estos rasgos menores e inconstantes llevaron al doctor John Langdon

Haydon Down a compararlos con orientales al describir el síndrome en 1866. Pero hay mucho más en la historia de la designación de Down que unas cuantas similitudes ocasionales, equívocas y superficiales; ya que representa una interesante narración dentro de la historia del racismo científico.

Pocas de las personas que utilizan el término se dan cuenta de que ambas palabras, mongólico e idiota, tenían para el doctor Down unos significados técnicos que estaban enraizados en el prejuicio cultural, entonces prevaleciente, y aún no extinguido, de clasificar a las personas según escalas unilineales con el grupo del clasificador en primer lugar. El término idiota se refería en tiempos al grado más bajo de una clasificación en tres categorías de la deficiencia mental. Los idiotas jamás podían dominar el lenguaje hablado; los imbéciles, un grado por encima, podían aprender a hablar, pero no a escribir. El tercer grupo, el de los ligeramente "débiles mentales", engendró una considerable controversia terminológica. En América, la mayor parte de los clínicos adoptaron el término "moron" de H. H. Goddard, que procede de una palabra griega que significa tonto. Moron es una palabra técnica de este siglo, no una designación antigua, a pesar de la longitud de las barbas metafóricas de esos viejos y terribles chistes de tontos. Goddard, uno de los tres principales arquitectos de la interpretación rigidamente hereditaria de los tests de coeficiente intelectual (C.I.), creía que su clasificación unilineal del valor mental podía extenderse simplemente por encima del nivel del moron hacia una clasificación natural de razas y nacionalidades humanas, con los inmigrantes del sur y el este de Europa en la parte inferior (aún, por término medio, al nivel del moron) y los viejos WASP* americanos en la cúspide. (Una vez que Goddard instituyó la aplicación de los tests de C.I. para los inmigrantes a su llegada a Ellis Island, proclamó que más del 80 por ciento de ellos eran débiles mentales y urgió que fueran devueltos a Europa).

El doctor Down era superintendente médico del Manicomio de Earlswood para idiotas, en Surrey, cuando publicó sus "Observations on an ethnic classification of idiots" (Observaciones para una clasificación étnica de los idiotas) en el London

* WASP: White Anglo-Saxon Protestant. (Blanco, Anglosajón y Protestante).

Hospital Reports de 1866. En tan sólo tres páginas consiguió describir "idiotas" caucásicos que le recordaban a pueblos africanos, malayos, indios americanos y orientales. De estas imaginativas comparaciones, sólo los "idiotas que se disponen en torno al tipo mongólico" sobrevivieron en la literatura como designación técnica.

Cualquiera que lea el trabajo de Down sin conocer su contexto teórico subestimaré grandemente su propósito, penetrante y serio. Desde nuestra perspectiva, representa una serie de escamosas analogías, casi caprichosas, realizadas por un hombre lleno de prejuicios. En sus tiempos, encarnaba un intento mortalmente serio de construir una clasificación general causal de las deficiencias mentales basadas en las mejores teorías biológicas (y el omnipresente racismo) de la época. El doctor Down estaba haciendo algo de bastante más alcance que identificar unas cuantas analogías no causales curiosas. Down se quejaba de los intentos previos de clasificar los defectos mentales:

Aquellos que hayan prestado alguna atención a las lesiones mentales congénitas se habrán sentido a menudo desconcertados en cuanto a cómo organizar, de algún modo satisfactorio, las diferentes clases de este defecto que hayan podido observar. Tampoco disminuirá sus dificultades el apelar a lo que ya se ha escrito sobre el tema. Los sistemas de clasificación son normalmente tan vagos y artificiales que no sólo prestan una escasa ayuda, sino que fracasan por completo a la hora de ejercer cualquier influencia práctica sobre el tema.

En tiempos de Darwin, la teoría de la recapitulación daba cuerpo a la mejor guía del biólogo para organizar la vida en secuencias de formas superiores o inferiores. (Tanto la teoría como el "enfoque de la escalera" de la clasificación a los que respaldaba están o deberían estar desacreditados hoy en día. Véase mi libro *Ontogeny and Phylogeny*, Harvard University Press, 1927). Esta teoría, a menudo expresada por la rimbombancia de que "la ontogenia recapitula la filogenia", sostenía que los animales superiores, en su desarrollo embrionario, pasan por una serie de fases que representan, en secuencia correcta, las formas adultas de criaturas ancestrales inferiores. Así, el embrión humano desarrolla en primer lugar hendiduras branquiales, como un pez, seguidamente un corazón de tres cavidades, como un reptil, y más

tarde aún un rabo de mamífero. La recapitulación aportaba un punto focal conveniente para el generalizado racismo de los científicos blancos: observaban las actividades de sus propios hijos para compararlas con el comportamiento adulto normal de las razas inferiores.

Como método de trabajo, los recapitulacionistas intentaban identificar lo que Louis Agassiz había llamado el "triple paralelismo" de la paleontología, la anatomía comparada y la embriología —esto es, los antecesores reales en el registro fósil, los representantes vivientes de formas primitivas y los estadios embrionarios o juveniles en el crecimiento de los animales superiores. En la tradición racista del estudio de los humanos, el triple paralelismo significaba antecesores fósiles (aún no descubiertos), "salvajes" o miembros adultos de razas inferiores y niños blancos.

Pero muchos recapitulacionistas advocaban la adición de un cuarto paralelismo —ciertos tipos de adultos, anormales dentro de las razas superiores. Atribuían gran cantidad de anomalías de forma o comportamiento bien a "saltos atrás" o a "detenciones del desarrollo". Los saltos atrás, o atavismos, representan la reaparición espontánea, en adultos, de rasgos ancestrales que habían desaparecido en las estirpes avanzadas. Por ejemplo, Cesare Lombroso, el fundador de la "antropología criminal", creía que muchos transgresores de la ley actuaban por compulsión biológica, porque su pasado animal había revivido en ellos. Pretendía identificar "criminales natos" por medio de "estigmas" de morfología simiesca —frente hundida, barbilla prominente, brazos largos.

La interrupción del desarrollo representa la traslación anormal al estado adulto de rasgos que aparecen normalmente en el transcurso de la vida fetal, pero que deberían ser modificados o reemplazados por algo más avanzado o complejo. Bajo la teoría de la recapitulación, estos rasgos normales de la vida del feto son las etapas adultas de formas más primitivas. Si un caucásiano sufre una detención del desarrollo, puede nacer en una etapa inferior de la vida humana —esto es, puede revertir a las formas características de las razas inferiores. Tenemos ahora un cuádruple paralelismo de fósil humano, adulto normal de las razas inferiores, niños blancos y adultos blancos desafortunados, afligidos por atavismos o detenciones del desarrollo. Es en este

contexto donde el doctor Down tuvo su relámpago de falaz comprensión: algunos idiotas caucásicos debían representar detenciones del desarrollo y deberían su deficiencia mental a una retención de características y habilidades que serían consideradas normales en los adultos de las razas inferiores.

Por lo tanto, el doctor Down sometió a escrutinio a las personas bajo su cargo en busca de rasgos de razas inferiores, del mismo modo que, veinte años más tarde, Lombroso mediría los cuerpos de los criminales en busca de una morfología simiesca. Busca con suficiente convicción previa y encontrarás. Down describió su búsqueda con obvia excitación: había establecido, o eso creía él, una clasificación natural y causal de las deficiencias mentales. "He dedicado mi atención durante algún tiempo, escribió, a la posibilidad de realizar una clasificación de los débiles mentales, disponiéndolos en torno a una serie de patrones étnicos —en otras palabras, a encuadrar un sistema natural". Cuanto más sería la deficiencia, tanto más profunda la detención del desarrollo y tanto más inferior la raza representada.

Encontró "varios ejemplos bien marcados de la variedad etiope" y describió sus "ojos prominentes", sus "labios gruesos" y su "pelo lanudo... aunque no siempre negro". Ellos son, escribía, "especímenes de negros blancos, aunque de ascendencia europea". Seguidamente describía otros idiotas "que se disponen en torno a la variedad malaya" y aun otros "que con frentes reducidas, pómulos salientes, ojos huidizos y nariz ligeramente simiesca" representan a aquellos pueblos que "habitaban originalmente el continente americano".

Finalmente, ascendiendo la escala de las razas humanas, llegó al escalón inmediatamente inferior al de la caucásica, "la gran familia mongola". "Un muy gran número de idiotas congénitos, continuaba, son mongoles típicos. Tan marcado es esto, que, al ponerlos juntos, resulta difícil creer que los especímenes comparados no sean hijos de los mismos padres". Down pasaba seguidamente a describir, con razonable precisión y pocas indicaciones de rasgos orientales (aparte de "un ligero tinte amarillento sucio" de la piel), a un muchacho afectado por lo que hoy en día reconocemos como una trisomía 21 o el síndrome de Down.

Down no confinó su descripción a supuestas similitudes anatómicas entre los pueblos orientales y los "idiotas mongólicos". También señaló el comportamiento de los niños afectados:

"tiene un considerable poder de imitación, bordeando incluso el mimetismo". Es necesario estar familiarizado con la literatura del racismo del siglo diecinueve para poder leer entre estas líneas. La sofisticación y complejidad de las culturas orientales resultó incómoda para los racistas caucásicos, dado, especialmente, que los mayores refinamientos de la sociedad china estaban en su apogeo cuando la cultura europea aún se revolcaba en la barbarie (como dijo Bejamín Disraeli respondiendo a una provocación antisemítica: "Sí, soy judío, y cuando los antecesores del honorable caballero eran salvajes brutales..., los míos eran sacerdotes del templo de Salomón"). Los caucasianos resolvieron este dilema admitiendo la capacidad intelectual de los orientales, pero atribuyéndosela a su facilidad para la copia imitativa, en lugar de al genio innovador. Down concluía su descripción de un niño con trisomía 21 atribuyendo su estado a una detención del desarrollo (debida, pensó Down, al estado tuberculoso de sus padres): "El aspecto del muchacho es tal que resulta difícil darse cuenta de que es hijo de europeos, pero estos caracteres se presentan con una frecuencia tal que no puede haber dudas acerca de que estos rasgos étnicos son el resultado de una degeneración".

Para los patrones de su época, Down era una especie de "liberal" racial. Argumentaba que todos los pueblos descendían del mismo tronco y podían unirse en una sola familia, claro está que con una clasificación por status. Utilizaba su clasificación étnica de los idiotas para rebatir las afirmaciones de algunos científicos de que las razas inferiores representaban actos de creación separados y que no podían "mejorar" hacia la raza blanca. Escribió:

Si estas grandes divisiones raciales son fijas y disjuntas, ¿cómo es posible que la enfermedad sea capaz de romper las barreras y simular tan de cerca los rasgos de los miembros de otra división? No puedo dejar de pensar que las observaciones que he realizado son indicaciones de que las diferencias entre las razas no son específicas, sino variables. Estos ejemplos del resultado de la degeneración en la humanidad aportan, en mi opinión, algunos argumentos en favor de la unidad de la especie humana.

La teoría general de la deficiencia mental de Down disfrutó de cierta popularidad, pero nunca llegó a convencer. No obs-

tante, el nombre por él asignado a una anomalía específica, la idiotez mongólica (a veces suavizado a mongolismo), arraigó hasta mucho después de que los médicos olvidaran por qué Down había acuñado el término. El propio hijo de Down rechazó la comparación hecha por su padre entre los orientales y los niños con trisomía 21, aunque defendía tanto el bajo status de los orientales como la teoría general que enlazaba la deficiencia mental con la regresión evolutiva.

Podría parecer que las características que, a primera vista, sugieren notablemente unos rasgos y una constitución mongoloide son accidentales y superficiales, estando como están constantemente asociadas a otros rasgos que no son en forma alguna característicos de esa raza, y si éste es un caso de regresión, debe ser de regresión a un tipo aún más primitivo que el tronco mongol, del que algunos etnólogos opinan que han surgido todas las razas.

La teoría de Down para la trisomía 21 perdió todo su contenido,—incluso en el seno del propio e inválido sistema racista de Down— cuando los médicos lo detectaron tanto en los orientales como en razas inferiores a la oriental según la clasificación de éste. (Un médico hizo referencia a los mongoles mongólicos, pero tan torpe perseverancia jamás llegó a arraigar). La enfermedad difícilmente podría atribuirse a la degeneración si representaba el estado normal de una raza superior. Sabemos hoy que en algunos chimpancés se presenta una serie similar de rasgos cuando llevan un cromosoma de más, probablemente homólogo al 21 de los humanos.

Una vez rebatida la teoría de Down, ¿qué debería ocurrir con sus términos? Hace algunos años, Sir Peter Medawar y un grupo de científicos orientales persuadieron a varias publicaciones británicas de que sustituyeran mongolismo e idiotez mongólica por síndrome de Down. Yo he detectado una tendencia similar en este país, aunque sigue utilizándose de modo común el término mongolismo. Alguna gente puede protestar aduciendo que los esfuerzos por cambiar este nombre representan otro intento más de los liberales de cerebro de algodón de hurgar en los usos ya aceptados, introduciendo preocupaciones sociales donde no corresponden. De hecho, yo no creo en la alteración caprichosa de los nombres establecidos. Sufro una gran incomodidad cada

vez que canto en la Pasión según San Mateo de Bach y me veo obligado, como miembro iracundo de la muchedumbre judía, a gritar el pasaje que ha servido durante siglos como justificación "oficial" del antisemitismo: *Sein Blut Kaume über uns und umsre Kinder* —"Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Y, no obstante, como dijo aquel al que se refiere el pasaje, en otro contexto, yo no cambiaría "ni un punto ni un título" del texto de Bach.

Pero los nombres científicos no son monumentos literarios. La idiotez mongólica no es sólo difamatoria. Es un error en todos los aspectos. Ya no clasificamos la deficiencia mental como una secuencia unilineal. Los niños que padecen el síndrome de Down no parecen muy orientales, si es que lo parecen algo. Y, lo más importante, el nombre sólo tiene significado en el contexto de la desacreditada teoría de Down de la regresión racial como causa de la deficiencia mental. Si hemos de honrar al bueno del doctor, entonces dejemos que su nombre honre a la trisomía 21 —el síndrome de Down.

16. Defectos de un velo victoriano

Los victorianos nos legaron algunas novelas magníficas, aunque bastante largas. Pero también lanzaron sobre un mundo, al parecer receptivo, un género literario probablemente inigualado en su capacidad para el tedio y el retrato impreciso: las "vidas y correspondencia", en multitud de volúmenes, de hombres eminentes. Estos extensos encomios, escritos habitualmente por viudas desoladas o hijos e hijas leales, se disfrazaban de narración humildemente objetiva, de documentación pura y simple acerca de la palabra y la obra del personaje retratado. Si aceptáramos estos trabajos tal como son, tendríamos que creer que los victorianos eminentes vivían de hecho con arreglo a los valores éticos que decían prohiar —una idea descabellada que *Eminent Victorians* de Lytton Strachey enterró bien enterrada hace más de cincuenta años.

Elizabeth Cary Agassiz —bostoniana eminente, fundadora y primera presidente del Radcliffe College, y esposa devota del eminente naturalista americano— disponía de todas las credenciales necesarias para ser autora (incluido un marido muerto y muy llorado). Su *Vida y correspondencia de Louis Agassiz*, convirtió a un hombre fascinante, pendenciero y no excesivamente fiel en un modelo de hombre moderado, estadista modélico, sabio y recto.

Escribo este ensayo en el edificio que Louis Agassiz construyó en 1859 —el ala original del Harvard's Museum of Comparative Zoology. Agassiz, el principal estudioso de fósiles de peces

del mundo, protegido del gran Cuvier (véase ensayo 13), abandonó su Suiza nativa por una carrera en América a finales de los años 1840. Como europeo célebre y hombre encantador, Agassiz fue prácticamente devorado por los círculos sociales e intelectuales desde Boston hasta Charleston. Encabezó los estudios sobre Historia Natural en América hasta su muerte en 1873.

Las manifestaciones públicas de Louis eran siempre modelos de propiedad, pero yo esperaba que su correspondencia privada se correspondiera más con su bulliciosa personalidad. Y, no obstante, el libro de Elizabeth, supuestamente una reproducción literal de las cartas de Louis, consigue convertir a ese foco de controversia y fuente de energía incansable en un mesurado y digno caballero.

Recientemente, al estudiar los puntos de vista de Agassiz acerca de las razas y movido por ciertas insinuaciones de la biografía de E. Lurie (*Louis Agassiz: A Life in Science*), encontré algunas interesantes discrepancias entre la versión de Elizabeth y las cartas originales de Louis. Descubrí entonces que Elizabeth se había limitado a censurar sus textos y que ni siquiera había insertado elipsis (esos tres puntos tan irritantes) para indicar las supresiones. Harvard posee las cartas originales, y una cierta actividad detectivesca por mi parte dejó al descubierto un material bastante sabroso.

En el período anterior a la Guerra Civil, Agassiz expresó claras opiniones acerca del status de los negros y los indios. Como hijo adoptivo del Norte rechazaba la esclavitud, pero como caucasiano de la capa superior desde luego no unía a su rechazo criterio alguno de igualdad racial.

Agassiz presentaba sus actitudes raciales como deducciones sobrias e ineluctables sobre postulados básicos. Mantenía que las especies son entidades estáticas, creadas (cuando murió en 1873, Agassiz se encontraba prácticamente solo entre los biólogos en su oposición a la marea darwiniana). No son puestas sobre la tierra en un único lugar, sino que son creadas simultáneamente por doquiera. A menudo se crean especies relacionadas entre sí en regiones geográficas separadas, cada una de ellas adaptada al entorno de su propia área. Dado que las razas humanas se ajustaban a estos criterios antes de que el comercio y la emigración nos entremezclaran, cada raza es una especie biológica separada.

Así, el principal biólogo de América cayó firmemente en el lado equivocado de un debate que llevaba arrasando la nación una década cuando él llegó: ¿fue Adán el progenitor de todos los hombres, o sólo el de los hombres blancos? ¿Son los negros y los indios nuestros hermanos, o simplemente se nos parecen? Los *poligenistas*, Agassiz entre ellos, sostenían que cada raza principal había sido creada como una especie separada; los *monogenistas* defendían un origen único y clasificaban las razas por su degeneración desigual a partir de la perfección primigenia del Edén —el debate no incluía a ningún igualitario. En buena lógica, separado no significa desigual, como argumentaban en 1896 los triunfadores del caso *Plessy versus Ferguson*. Pero como mantuvieron en 1954 los triunfadores del juicio de *Browns versus Topeka Board of Education*, un grupo en el poder siempre identifica la separación con la superioridad. No existía ningún poligenista americano que no asumiera que los blancos eran una especie separada y superior.

Agassiz insistía en que su defensa de la poligenia no tenía nada que ver con la advocación política del prejuicio social. Él era, según decía, un estudioso humilde y desinteresado que intentaba establecer un hecho intrigante de la historia natural.

Se ha acusado a los criterios aquí presentados de que tienden a apoyar la esclavitud... ¿Es ésa una objeción válida a una investigación filosófica? Aquí tan sólo nos preocupamos de la cuestión del origen del hombre; que los políticos, aquellos que se sienten llamados a organizar la sociedad humana, decidan qué hacer con los resultados... Rechazamos toda conexión con cualquier cuestión que implique criterios políticos... Los naturalistas tienen derecho a considerar las cuestiones que surgen de las relaciones físicas entre los hombres como cuestiones meramente científicas y a investigar sobre ellas sin referencia alguna ni a la política ni a la religión.

A pesar de estas valerosas palabras, Agassiz finaliza su principal declaración acerca de las razas (publicada en el *Christian Examiner*, 1850) con ciertas recomendaciones sociales perfectamente concretas. Comienza apoyando la doctrina de la separación y la desigualdad: "Hay sobre la tierra diferentes razas de hombres, que habitan diferentes partes de su superficie... y

este hecho nos impone la obligación de aclarar definitivamente el rango relativo de estas razas". La jerarquía resultante es perfectamente obvia: "El indómito, valeroso y orgulloso indio —cuán diferente es la luz que le ilumina si le observamos junto al sumiso, obsequioso e imitativo negro, o junto al traicionero, astuto y cobarde mongol. ¿Acaso no son estos hechos indicaciones de que las diferentes razas no tienen el mismo rango en la naturaleza?" Finalmente, por si no había quedado claro su mensaje político con esta generalización, Agassiz finaliza advocando una política social específica —contraviniendo así su juramento original de abjurar de la política a cambio de la vida pura de la mente. La educación, plantea, debe ser ajustada a las capacidades innatas; prepárese a los negros para los trabajos manuales y a los blancos para los intelectuales.

Cuál sería la mejor educación que podría impartirse a las diferentes razas como consecuencia de su primitiva diferenciación... No albergamos la más mínima duda de que los asuntos humanos referidos a las razas de color estarían inucho más juiciosamente llevados si, en nuestra relación con los miembros de las mismas, nos guiara una clara consciencia de la diferencia real existente entre nosotros y ellos y un deseo de fomentar aquellas disposiciones que se encuentran más acentuadas en ellos, en lugar de tratarles en términos de igualdad.

Dado que estas disposiciones "eminente acentuadas" son la sumisión, la obsequiosidad y la imitación, es fácil imaginar lo que tenía en mente Agassiz.

Agassiz tenía presencia política, en gran medida porque hablaba como científico, supuestamente motivado tan sólo por los datos de sus investigaciones y la teoría abstracta a la que daban cuerpo. En este contexto, el origen de las ideas de Agassiz acerca de las razas se convierte en algo de cierta importancia. ¿Sería cierto que él no tenía sardina a la que arrimar el ascua, ninguna predisposición, ningún ímpetu más allá de su amor a la historia Natural? Los pasajes expurgados en *Life and Correspondance* arrojan bastante luz sobre el asunto. Muestran a un hombre de fuertes prejuicios basados fundamentalmente en reacciones viscerales inmediatas y profundos miedos sexuales.

El primer pasaje, de una fuerza casi escandalosa, incluso transcurridos 130 años, recuerda la primera experiencia de Agassiz con personas negras (jamás había conocido negros en Europa). Visitó América por vez primera en 1846 y le escribió a su madre una larga carta detallándole sus experiencias. En la sección dedicada a Filadelfia, Elisabeth Agassiz registra tan sólo sus visitas a museos y a domicilios particulares de científicos. Suprime, sin elipsis, su primera impresión acerca de los negros —una reacción visceral ante los camareros del restaurante de un hotel. En 1846, Agassiz creía aún en la unicidad humana, pero este pasaje deja al descubierto una base explícita, asombrosamente científica, para su conversión a la poligenia. Por vez primera, por lo tanto, y sin omisiones:

Fue en Filadelfia donde me encontré por vez primera en prolongado contacto con negros; todos los criados de mi hotel eran hombres de color. Casi no puedo expresarles la dolorosa impresión recibida, especialmente dado que el sentimiento que inspiraban en mí es contrario a todas nuestras ideas acerca de la confraternidad del tipo humano y del origen único de nuestra especie. Pero la verdad ante todo. No obstante, experimenté piedad ante la visión de esta raza degradada y degenerada, y su suerte me inspiró compasión al pensar que son realmente hombres. No obstante, me resulta imposible reprimir el sentimiento de que no pertenecen a nuestra misma sangre. Al ver sus negros rostros con sus gruesos labios y sus repulsivos dientes, la lana de sus cabezas, sus dobladas rodillas, sus manos alargadas, sus largas y curvadas uñas, y especialmente el lívido color de las palmas de sus manos, me sentía incapaz de arrancar mis ojos de sus caras para ordenarles que se mantuvieran alejados de mí. Y cuando adelantaban aquella repugnante mano hacia mi plato para servirme, deseaba ser capaz de salir para comer un trozo de pan en cualquier lugar, con tal de no tener que cenar con semejante servicio. ¡Qué desgracia para la raza blanca —el haber ligado su existencia tan íntimamente a la de los negros en ciertos países! ¡Que Dios nos preserve de semejante contacto!

La segunda serie de documentos procede de mediados de la Guerra Civil. Samuel Howe, marido de Julia Ward Howe (autora del *Battle Hymn of the Republic*) y miembro de la comisión investigadora del Presidente Lincoln, escribió a Agassiz para preguntarle su opinión acerca del papel de los negros en una nación reunificada. En el transcurso de agosto de 1863, Agassiz le respondió en cuatro extensas y apasionadas cartas. Elisabeth Agassiz las expurgó para convertir las afirmaciones de Louis en una opinión sobriamente expuesta (a pesar de su contenido peculiar), derivada de postulados básicos y motivada tan sólo por el amor a la verdad.

Louis argumentaba, en pocas palabras, que las razas debían mantenerse separadas ya que si no la superioridad de la blanca se vería diluida. Esta separación debería producirse naturalmente, ya que los mulatos, como cepa débil, finalmente se extinguirían. Los negros abandonarían los climas norteños tan inapropiados para ellos (ya que fueron creados como especie separada para Africa); se desplazarían al sur en manadas y eventualmente prevalecerían en algunos estados de las tierras bajas, aunque los blancos mantendrían su dominio sobre las costas y las tierras altas. Tendremos que reconocer estos estados, incluso admitirlos en la Unión, como la mejor solución para una mala situación; después de todo, reconocemos a "Haití y Liberia".

Las sustanciosas supresiones de Elisabeth exhiben las motivaciones de Louis con un prisma muy diferente. Irradian un miedo cervical y unos prejuicios ciegos. En primer lugar, ella omite las referencias más denigrantes a los negros: "Diferentes en todo a las demás razas, escribe Louis, pueden compararse a niños, crecidos hasta la estatura de adultos, pero que conservan una mente infantil". En segundo lugar, suprime todas las afirmaciones elitistas acerca de la correlación entre la sabiduría, la riqueza y la posición social en el seno de las razas. En estos pasajes, comenzamos a percibir los verdaderos miedos de Louis acerca del entrecruzamiento de razas.

Me estremece pensar en las consecuencias. Tenemos ya que luchar, en nuestro progreso, contra la influencia de la igualdad universal y, como consecuencia, contra la dificultad de preservar las adquisiciones de la eminencia individual, el tesoro de refinamiento y cultura que surge de asociaciones selectas. ¿Cuál sería nuestra situación si a es-

tas dificultades se vieran añadidas las influencias mucho más tenaces de la incapacidad física? Las mejoras en nuestro sistema educativo... pueden más pronto o más tarde contrarrestar los efectos de la apatía de los incultos y de la grosería de las clases inferiores elevándolas a un nivel superior. Pero ¿cómo podremos erradicar el estigma de una raza inferior una vez que se haya permitido que su sangre fluya libremente en la de nuestros hijos?

En tercer lugar, y de máxima significación, ella omite varios pasajes extensos acerca de la hibridación que sitúan toda esta correspondencia en un escenario radicalmente diferente al que ella había creado. En ellos captamos la revulsión intensa y visceral de Louis ante la idea del contacto sexual entre razas. Este profundo e irracional miedo era una fuerza motriz tan fuerte para él como cualquier idea abstracta acerca de la creación diferenciada: "La producción de mestizos, escribe, es tanto un pecado contra la naturaleza como pueda serlo contra la pureza del carácter el incesto en una comunidad civilizada... yo lo considero una perversión de todo sentimiento natural".

Esta aversión natural es tan fuerte que el sentimiento abolicionista no puede reflejar simpatía innata alguna por los negros, sino que debe surgir porque muchos "negros" tienen cantidades sustanciales de sangre blanca y los blancos sienten instintivamente esa parte de sí mismos: "No existe duda en mi mente de que el sentimiento de aborrecimiento contra la esclavitud, que ha llevado a la agitación que ahora culmina con nuestra guerra civil, ha sido fundamentalmente, si bien inconscientemente, apadrinado por el reconocimiento de nuestro propio tipo en la descendencia de caballeros del sur que se mueven entre nosotros como negros (sic), cosa que no son".

Pero si las razas se repelen mutuamente de modo natural, ¿cómo entonces sacan los "caballeros sureños" tanto partido a sus mujeres esclavas? Agassiz culpa a las esclavas mulatas. Su color blanco las hace atractivas: su negritud, lascivas. Los jóvenes e inocentes muchachos se ven provocados y atrapados.

En cuanto empiezan a despertar los deseos sexuales en los jóvenes del sur, encuentran fácil satisfacerlos por la presteza con que son atendidos por sus sirvientes de color (mulatas). (Este contacto) embriutera sus mejores insti-

tos en esa dirección y les lleva gradualmente a buscar compañía más picante, como he oído llamar a las negras puras por parte de disipados hombres jóvenes. Una cosa es segura que no existe elemento alguno de elevación concebible en la conexión de individuos de diferentes razas; no existe ni amor ni deseo de mejora alguno. Es, en todo sentido, un contacto físico.

Cómo se sobrepuso una generación anterior de caballeros a su aversión a producir los primeros mulatos es algo que no nos explica.

No podemos saber con detalle con qué motivos eligió Elisabeth sus omisiones. Dudo que todas sus acciones se vieran motivadas por el deseo consciente de transformar los motivos de Louis de puros prejuicios en implicaciones lógicas. Probablemente fuera un simple pacatismo victoriano lo que la llevó a rechazar toda publicación de afirmaciones referentes al sexo. En cualquier caso, sus eliminaciones distorsionaron los pensamientos de Louis Agassiz e hicieron que sus intenciones fueran acordes con el falaz y útil modelo favorecido por los científicos —que las opiniones surgen del examen desapasionado de una información sin elaborar.

Estas restauraciones muestran cómo Louis Agassiz se vio impulsado a considerar la teoría poligénica de las razas como especies separadas por su reacción visceral inicial ante el contacto con los negros. Demuestran también que sus criterios extremos acerca de la mezcla de razas estaban más intensamente dictados por una intensa revulsión sexual que por cualquier teoría abstracta acerca de la hibridación.

El racismo se ha visto a menudo respaldado por científicos que presentan una imagen pública de objetividad para enmascarar sus prejuicios —que son lo que les guía. El caso de Agassiz puede ser lejano, pero su mensaje resuena también en nuestro siglo.